



**GRUPO DE
APOYO PARA
FINAL
GIRLS
GRADY HENDRIX**

minotauro

**GRUPO DE
APOYO PARA
FINAL
GIRLS**

GRADY HENDRIX

minotauro

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS I

Me despierto, me levanto de la cama, le doy los buenos días a mi planta, abro una barrita de proteínas y bebo un litro de agua embotellada. Pasan cinco minutos antes de que recuerde que podría morir hoy mismo. Cuando te haces vieja te vuelves blanda.

En la sala de estar me estiro y practico cuarenta rodillazos y cuarenta golpes con la palma de la mano, y hago escaladores hasta que empiezan a caer gotas de sudor en el suelo de cemento. Practico también codazos. Lo hago hasta que me arden los hombros. Subo a la cinta, la pongo a velocidad siete y corro hasta que me queman los muslos y me cuesta respirar. No, corro cinco minutos más. Tengo que castigarme por haber olvidado lo que está en juego, en especial hoy.

Cierro la puerta del baño con traba y me ducho. Hago la cama para evitar la tentación de volver a meterme en ella. Pongo la tetera a calentar, y cuando suena tengo mi primer ataque de pánico del día.

No es de los malos; apenas un calambre en el pecho que hace que sienta como si una mano gigante me estuviera apretando los pulmones. Cierro los ojos y me concentro en relajar los músculos de la garganta y en respirar hondo para que el oxígeno me llegue a lo más profundo de los pulmones. Después de dos minutos y medio, vuelvo a respirar normal y abro los ojos.

Este departamento es el único sitio del mundo en el que puedo hacer algo así. Un dormitorio, una sala, una cocina y un baño en los que, siempre y cuando tome ciertas precauciones, puedo cerrar los ojos dos minutos. Ahí afuera, en el mundo, está teniendo lugar una interminable fiesta de asesinatos y, si cometo el más mínimo error, podría ser yo la que muriera.

Vuelvo a la sala y pongo la CNN para ver cómo va el recuento de víctimas del día. Nada más ver las primeras imágenes comprendo que las próximas veinticuatro horas van a ser malas.

Las imágenes en directo que transmite un dron de un campamento de verano quedan ocultas entre la demás basura que está emitiendo la CNN. Se ven numerosas ambulancias y coches de bomberos alrededor de los barracones, personas con trajes blancos de protección bioquímica caminando entre los árboles y la cinta amarilla de la policía bloqueando la carretera. Pasan a imágenes grabadas de la noche anterior, brillantes luces azules en la oscuridad, y siento como si el encabezado me pegara directamente en el estómago: *Se repite en la vida real la tragedia del Lago Red.*

Activo el sonido y la historia cuenta exactamente lo que me temía. Alguien ha asesinado a seis instructores del Campamento del Lago Red cuando estaban cerrando las instalaciones hasta la próxima temporada. El asesino utilizó varias armas: una hoz, un taladro, un arco y un machete, y habría habido una séptima víctima de no ser porque esta Final Girl, una chica de dieciséis años que, según el generador de caracteres de la CNN, se llama Stephanie Fugate, consiguió deshacerse de él en el granero.

Aún no han identificado al asesino, pero Stephanie aparece en pantalla en una foto de instituto, pálida y con la cara redonda, sonriendo, con aparatos en los dientes. Su sonrisa me parte el corazón. Después de lo de anoche jamás volverá a ser feliz. Ahora es una Final Girl.

Estás viendo una película de miedo y el asesino silencioso mata al porrero, al cerebritito, al atleta y al profesor suplente, y ahora está persiguiendo a la canguro virgen por el bosque. Ella

es la que dijo que no deberían hacer una fiesta en aquel campamento de verano solitario, entrar por la fuerza en aquel manicomio abandonado o bañarse desnudos en aquel lago aislado—en especial, dado que es la noche de Halloween, de Acción de Gracias, del Día del Árbol o del aniversario de aquellos asesinatos sin resolver de hace tanto tiempo—. El asesino tiene una sierra mecánica, un bichero o un cuchillo de carnicero, y la chica no tiene nada: ni músculos, ni tamaño, ni escopeta. Lo único que tiene es cardio y la típica cara estadounidense. Aun así, por alguna razón, consigue matar al asesino y, entonces, se queda mirando a la nada y se desploma en los brazos de un policía; o sale corriendo, llorando, hacia su novio; o hace un último comentario jocoso; o enciende un cigarrillo; o hace una última pregunta que deja a todos preocupados; o se la llevan en una ambulancia mientras grita y grita como si no fuera a parar nunca.

¿Alguna vez te has parado a pensar en qué les sucede a las Final Girls después de que la policía las descarte como sospechosas? ¿Después de que la prensa publique esa fotografía del anuario del colegio con los aparatos, la cara llena de granos o el pelo revuelto, foto que suele ser imposible que no acabe en la cubierta de algún libro de asesinatos? ¿Después de noches y noches incapaz de pegar ojo a la luz de las velas y de los ratos de silencio? ¿Después de que alguien plante el arbusto del recuerdo?

Yo sé qué les sucede. Después de que se firme un trato para rodar una película; después de que la franquicia de la película fracase; después de que te des cuenta de que, mientras todos los demás estaban rellenando solicitudes para la universidad, tú estabas en un programa de tratamiento haciendo ver que no le tenías miedo a la oscuridad; después de la gira por programas de televisión; después de que tu tercera terapeuta acepte que no es sino tu dispensador automático de propanolol y que no vas a hacer ninguna locura mientras ella está de guardia; después de que te des cuenta de que lo único interesante que te va a pasar en la vida es lo que te sucedió cuando tenías dieciséis años;

después de que dejes de salir a la calle; después de que empieces a mirar las cerrajerías como otras mujeres miran la vidriera de Tiffany; después de que te hayas marchado del pueblo porque no podías soportar esa mirada de «¿Por qué tú no?» por parte de los padres de todos tus amigos muertos; después de que lo hayas perdido todo; de que hayas atravesado el fuego; de que hayas empezado a conocer por el nombre de pila a quienes te acosan... Bueno, pues después de todo eso acabas allí adonde yo voy hoy: en el sótano de una iglesia de Burbank, sentada de espaldas a la pared, intentando no romperte en pedazos.

Somos una especie en peligro, algo por lo que doy gracias. Solo quedamos seis. Antes me daba pena que no fuéramos más, pero somos criaturas de los años ochenta y el mundo ha seguido adelante. Antes solían desempolvar archivos de audio por nuestro aniversario o volvían a poner el clásico de nuestra franquicia, pero hoy en día todo gira en torno a los vertidos de petróleo crudo y a WikiLeaks, a las manifestaciones y a los talibanes. Nosotras seis formamos parte de otra era. Somos invisibles para los medios. Es como si no existiéramos.

Cuando apago la tele me doy cuenta de que lo he contado mal. En realidad somos siete. La cuestión es que no me gusta pensar en Chrissy. A nadie le gusta. Mencionarla puede hacer incluso que se te tuerza el día... porque es una traidora. Así que decido tomarme un momento, a pesar de que solo tenga tres horas para llegar al grupo, y respiro hondo e intento concentrarme de nuevo.

Adrienne va a estar fatal. Lo del Campamento del Lago Red es lo que le sucedió a ella, aunque luego compró el sitio y lo convirtió en un retiro para víctimas de todo tipo de violencia, aunque sobre todo acudíamos Final Girls de tiroteos en institutos y otras que conseguían escapar de sus secuestradores. Esto le toca justo donde vive. Por lo menos nos proporcionará un tema nuevo del que hablar y no tendremos que estar dándoles vueltas una y otra vez a los viejos temas de siempre.

Cuando ya no puedo más me preparo para salir. Además de una vez a la semana para ir a la oficina de correos, que está al

otro lado de la calle; una vez al mes para comprobar las rutas de huida, y quincenalmente para ir a la tienda de la esquina a por provisiones, no salgo de este departamento sino para asistir al grupo de apoyo. No me gustan los riesgos. Llevo el pelo corto porque, si lo llevas largo, te pueden agarrar de él. Siempre llevo zapatillas de deporte por si tengo que salir corriendo. No visto ropa ancha.

Compruebo que lo llevo todo en los bolsillos: las llaves, el dinero, el teléfono, las armas. Dejé de llevar la pistola por un incidente que tuve en el transporte público hace un par de años, pero llevo un spray de pimienta, un cúter en el bolsillo derecho y una cuchilla que me pego con cinta al tobillo izquierdo. Nunca llevo auriculares. Ni gafas de sol. Me aseguro de que llevo la chaqueta bien atada para que no se me enganche. Entonces me despido de mi planta, respiro hondo, salgo del departamento y me enfrento al mundo que quiere matarme.

EL GRUPO DE APOYO DE LAS FINAL GIRLS

Notas de la doctora Carol Elliott

Sesión núm. 188

Septiembre de 2010

ASISTENTES

Marilyn Torres
Adrienne Butler
Dani Shipman
Lynnette Tarkington
Heather DeLuca
Julia Campbell

Notas anteriores a la sesión: me sorprende ver que este mes se cumple el decimosexto aniversario de las sesiones grupales regulares. Organizar este grupo no forma parte de mis tareas, pero, de una u otra manera, estas mujeres llevan siendo mis pacientes desde antes de que mis hijos nacieran.

Me da pena reconocer que, en los últimos doce meses, las buenas relaciones y la cohesión del grupo, claves durante tantos años, han ido deteriorándose. Las sesiones más recientes están marcadas por respuestas irónicas, incansables discusiones sobre asuntos de poca monta e implacables críticas personales. Adrienne sigue, como quien dice, ayudándome a moderar el grupo, y su comportamiento sigue siendo efectivo. Marilyn y Dani, en cambio, se muestran inquietas e irritables. Que Heather no deje de buscar atención y suelte una y otra vez que está recuperada no deja de provocar conflictos. La sobreexcitación de Lynnette no parece que mejore.

A decir verdad, ¿qué propósito tiene este grupo de apoyo después de tanto tiempo? ¿Quién será la primera que lo deje? ¿Debería ser yo la que le pusiera punto final?

GRUPO DE APOYO PARA FINAL GIRLS II

Una oveja que parece un ovillito de lana exclama: «¡Jesús ama a esta borrega!».

Un trío de fantasmas muy delgaditos que salen de la tumba proclama: «¡Los espíritus damos miedo... pero el Espíritu Santo no!».

«¡Ha resucitado!», gritan unos garabatos multicolores hechos con marcadores.

Este último eslogan hace que me pare a pensar. Al fin y al cabo, todas las del grupo de apoyo tenemos una relación complicada con la idea de la resurrección.

Deberíamos estar sentadas en círculo, pero las cinco nos sentamos en forma de ce no muy bien resuelta porque ninguna de nosotras va a volver a darle la espalda a una puerta en la vida. Dani tiene los brazos cruzados y las piernas abiertas, y está sentada como un vaquero estoico de espaldas a una pared decorada en naranja y negro con calabazas con cara y gatos erizados. Nadie quiere que le recuerden que se acerca Halloween menos que ella. Marilyn tiene las piernas cruzadas y un vaso de Starbucks en la mano. Tiene el bolso nuevo en el regazo, porque bajo ningún concepto va a permitir que toque el suelo. Le contó a Julia que le había costado 1.135 dólares, pero no me lo creo. Ningún bolso falso cuesta tanto, y sé que es falso porque Marilyn jamás dejaría que el cuero tocara su piel.

—Me cuesta concentrarme si no he comido —comenta Heather en mitad de su interminable monólogo, en el que no deja de repetir que no duerme desde 1988. Se inclina hacia delante y gesticula con las manos—. Es por el bajo nivel de azúcar en sangre.

Por lo que parece, la charla de hoy va a ir de aperitivos.

Julia está en su silla de ruedas, aburrida a todas luces, tamborileando con los dedos en las ruedas. Lleva una camiseta con un lema irónico —«El mejor papá del mundo»— y mira fijamente un dibujo arrugado que hay en la pared y en el que se ve a un hombre que vuela con los brazos a los lados. Debajo del hombre pone: «Jesús *hestá* triste y muerto en vida».

Antes me parecía raro que nos reuniéramos rodeadas de los dibujos de los escolares que asisten allí a catequesis, pero ahora esos dibujos son lo primero en lo que me fijo; eso sí, después de comprobar mi campo de visión y las salidas. Y no es porque la expresión artística de una panda de víctimas de asesinato en potencia me interese lo más mínimo. Lo que busco son signos de advertencia: dibujos de pistolas que disparan; de cuchillos ensangrentados; de niños dibujándose como monstruos sin cuello y con los dientes triangulares, rajando a sus padres de arriba abajo. Busco signos de que alguno de estos niños vaya a convertirse en el enemigo cuando crezca, en otro de esos monstruos que quieren matarnos.

—¿Y no crees que te vendría bien comer antes de venir al grupo? —le pregunta la doctora Elliott.

La doctora Elliott, la única de la estancia a la que no le importa estar de espaldas a la pared, se sienta en la boca de la ce, tal y como lleva haciendo durante los últimos dieciséis años, con una postura perfecta, con el bolígrafo preparado, con la libreta apoyada en la rodilla, tratando la obsesión por los aperitivos de Heather con el mismo cuidado e interés con el que escucha todo lo que le contamos.

—Me saldría de mi horario —responde Heather—. Si tenemos en cuenta que soy una adicta que se está recuperando, seguir un horario es importante para que me man-

tenga sobria, y tengo que salir pronto de casa porque, como sabes, la policía me quitó el carné de conducir y aún no lo he recuperado, así que tardo más en llegar. Y claro, como creo que es importante no llegar tarde... Al parecer, Adrienne no piensa lo mismo.

—Seguro que Adrienne tiene una buena razón para llegar tarde —la apacigua la doctora Elliott.

—Me sorprendería que Adrienne viniera —dice Julia. Está claro que ella también ha visto la CNN—. ¿Alguien ha hablado con ella? Yo la he llamado, pero me ha saltado el buzón de voz.

—Supongo que habrá apagado el celular —acota Marilyn antes de poner cara de oler mierda—. Ya saben, los medios.

Marilyn se negó a dar ruedas de prensa o exclusivas después de lo que le sucedió, lo que provocó la ira de todos los periodistas del país. Además, luego se casó con un miembro de una familia republicana riquísima y muy metida en política, por lo que la cosa ha ido a peor a lo largo de los años. Aunque todas sabemos lo que se siente: el teléfono que no deja de sonar hasta que no lo desconectas; el periodista al que no conoces de nada, pero que te llama por tu nombre y resulta tan convincente al hacerte creer que han ido juntos al instituto que empiezas a confiar en él; esa prima lejana que aparece en el hospital, preocupadísima, con una grabadora escondida en el bolso junto al cheque del *National Enquirer*.

—No creo que esté bien que hablemos de la situación de Adrienne sin que ella esté aquí —comenta la doctora Elliott—. Seguro que tendremos oportunidad de hacerlo cuando llegue. Entretanto, ¿cómo se sienten con la preocupación de Heather?

A la pregunta le siguen unos instantes incómodos porque todas estamos esperando a ver si alguien muerde el anzuelo, pero ninguna lo hacemos. Somos Final Girls. Se nos da bien escapar de las trampas.

—Lo que quiero decir —insiste Heather, que pone fin al momento incómodo— es que tengo ciertas necesidades y, dado que no dispongo de las ventajas que tienen las demás, me

gustaría que tomáramos un café, unas galletas o algo, lo que sea, porque esta enorme estancia vacía es deprimente.

No lo va a dejar estar. Ahora bien, no me sorprende. Nosotras somos las mujeres que seguimos luchando por mucho que nos dolieran las heridas, que saltamos por la ventana de un tercero, que nos arrastramos por aquel tejado cuando nuestro cerebro nos decía que nos dejáramos rodar y morir. Cuando empezamos algo nos cuesta parar hasta que no hemos terminado.

—Me da igual lo que traiga Heather —dice Marilyn. Sus pulseras bailotean mientras mueve el vaso de Starbucks con la mancha de carmín rojo oscuro en la tapa—. Como si viene con una pizza. ¿Podemos cambiar de tema?

—Interesante —comenta la doctora Elliott, aunque es la única a la que se lo parece—. ¿Alguien más se siente como Marilyn?

Cuando has estado en una habitación con las mismas seis personas una vez al mes durante dieciséis años, sabes lo que van a hacer antes de que lo hagan. Es como las reacciones químicas: si se dan ciertas condiciones, tienen lugar ciertos resultados. Ahí va Julia, justo a tiempo:

—Creo que el hecho de que la gente coma o beba en la terapia es una forma de defensa. —Y es que Julia no puede dejar pasar la oportunidad de meterse con Marilyn—. Esos grandes tragos de té chai con leche de soja de Marilyn solo pretenden demostrarnos que se está distanciando del grupo.

—¡Por Dios! —suelta Marilyn con su plano acento de Texas, fingiendo que le maravillan las palabras de Julia—. Dime, ¿cómo se te ocurren todas esas cosas?

—Hace dos sesiones te quejaste de que estábamos atrapadas en el pasado —dice Julia.

Marilyn nos mira una a una.

—A ver, ¿alguna de ustedes piensa que esto es tan necesario como antes? —nos pregunta—. Por la manera en que nos tratamos, por las palabras ofensivas que nos lanzamos, tengo la sensación de que nos vendría bien tomarnos unas vacaciones. ¿Acaso el objetivo de una terapia no es que llegue el día en que no la necesites?

Siento calambres en los pulmones y empiezo a contar respiraciones. Siete dentro, siete fuera, despacio, despacio, regulares. No lo ha dicho en serio. El grupo de apoyo es lo más importante para todas, incluso para la doctora Elliott. Su imperio de autoayuda está construido sobre el trabajo que hizo con nosotras en los años noventa, pero la razón de que estemos en el sótano de esta iglesia y no en una de sus espléndidas clínicas es que este es nuestro secreto, el único lugar en el que estamos a salvo de acosadores y de fanáticos, de los periodistas y de los escritores de perfiles. ¿Cómo puede hablar Marilyn tan a la ligera de dejar el grupo?

—Algunas de nosotras no podemos tomarnos unas vacaciones —le responde a malas Julia—. No todo el mundo se casa por dinero.

—Por amor de Dios, ¿acaso no es eso lo que hizo tu ex? —le suelta Marilyn.

Eso ha sido feo hasta para Marilyn. Julia aún estaba intentando aprender a vivir con la silla de ruedas cuando se casó con su fisioterapeuta. Entiendo la necesidad. Alguien llega diciendo que te va a proteger y te lanzas a sus brazos y dejas que tome todas las decisiones por ti. Lo único que puedes esperar es que, para cuando recuperes la cordura, no te haya hecho demasiado daño. En el caso de Julia, para cuando despertó, él había vendido los derechos de su franquicia, le había vaciado la cuenta corriente y la había dejado con una mano delante y la otra detrás.

—¿Así es como va a ser la sesión de hoy? —nos interpela Julia—. ¿Vamos a dedicarnos a insultarnos? ¿Vamos a meter el dedo en viejas llagas? No hay razón para que nos comportemos así. Somos mujeres fuertes. Muy fuertes. Dani tiene muchos recursos y es autosuficiente; Marilyn tiene más dinero que todas nosotras juntas; Adrienne es, como quien dice, candidata al Premio Nobel...

—¿Y ¿qué premio mereces tú, Meryl Streep? —le pregunta Heather—. Porque seguro que sufro una recaída en cuanto empieces a recitarnos tus estudios de nuevo.

—No iba a decir nada de mí —responde Julia dolida.

—Pues desde luego es adonde parecía que pretendías llegar —insiste Heather.

—Piensa lo que quieras —Julia cruza los brazos y se echa hacia atrás en la silla de ruedas.

Heather se echa hacia delante hasta que el pecho le toca las rodillas. Tiene la mano levantada como si fuera a jurar por la Biblia.

—Te doy veinte dólares si eres capaz de mirarme a los ojos y jurarme que no ibas a empezar a enumerar tus carreras.

—A esto me refiero —dice Julia, apelando a la doctora Elliott—. En vez de utilizar la energía de forma productiva, nos metemos las unas con las otras. El grupo está contaminado por los conflictos personales. Es contraproducente.

—Veinte dólares —insiste Heather.

—No los tienes, así que no te los puedes apostar —la ataca Julia.

—Marilyn me los presta.

—«Prestar» no es la palabra que yo utilizaría en tu caso —la corrige Marilyn.

—¡A mí no me hables así! —explota Heather—. ¡Yo he tenido que pasar por mierdas que tú no serías capaz ni de imaginar siquiera! ¡Me he enfrentado a cosas indescriptibles que harían que te cagues en los pantalones!

—Cálmate, Heather —le dice Julia.

—De todas, tú eres la menos indicada para defenderme, Julia —le suelta Marilyn.

—Ya te digo —conviene Heather.

—Ándate con cuidado —le dice Marilyn a Heather.

—A ver, vamos a parar y a evaluar la situación —las interrumpe la doctora Elliott. Me pregunto si se recetará algo para sobrevivir a estas sesiones. Aunque, por lo menos, ya nadie está hablando de comida—. ¿Alguien más se ha fijado en lo rápido que una conversación sobre comida se ha convertido en algo personal? ¿Alguien sabe a qué ha podido deberse?

Si Adrienne estuviera aquí lo estaríamos llevando mucho mejor. Cuando ella está presente todas nos sentimos como si tuviéramos que ser mejores.

—Era una broma —murmura Heather.

—Deja de ser tan quejosa y compra algo en un Starbucks antes de venir —le dice Marilyn—. La cafeína sirve para aplacar el hambre.

—Algunas no nos podemos permitir el café de los ricos —suelta Heather—. En AA el café es gratis y siempre hay galletas. ¿Por qué no me compras una tarjeta para el Starbucks? Además, me lo debes.

—Señoras... —empieza a decir la doctora Elliott.

—¿Qué es lo que te debo exactamente?

—Tú me jodiste ese contrato con las Estrellas del Terror. Lo tenía todo preparado y llegaste y lo mandaste todo a la mierda. ¿Cómo voy a devolverte nada si no paras de fastidiarme los negocios?

—No te engañes —Marilyn pone los ojos en blanco—, ambas sabemos que nunca me vas a devolver el dinero que te he prestado.

Heather se pone furiosa y yo desconecto. Todas desconectamos. Hemos oído ya muchas veces todos y cada uno de sus monólogos ¿Cómo se atreve Marilyn a burlarse de su honor? ¿Cómo se le ocurre sugerir que la palabra solemne de una drogadicta que ha fumado, ha esnifado y se ha pinchado todas las sustancias químicas habidas y por haber no es vinculante legalmente? ¿Cómo se atreve a insinuar Marilyn que la palabra de Heather no es el equivalente verbal de un contrato blindado preparado por un equipo de carísimos abogados?

Heather siempre está intentando timarte. A Julia y a mí no nos importuna porque sabe que no tenemos dinero, y de Dani ya pasa porque es imposible que Dani haga algo que Dani no quiera hacer. Ahora bien, a Adrienne y a Marilyn siempre les está hablando de proyectos, licencias, colaboraciones y apariciones. Y las sanguijuelas hace tiempo que descubrieron que Heather es nuestro eslabón más débil.

—Sé que el dinero es motivo de preocupación para varias de ustedes —comenta la doctora Elliott—. Marilyn, ¿puedes ayudarme a que salgamos de esta? O tú, Lynnette.

—Pues... —me agarró desprevenida—. Adrienne llega veintiséis minutos tarde.

—¿Cómo te sientes al respecto?

—¿Ansiosa?

—¿Por qué estamos hablando de dinero? —pregunta Julia—. Marilyn considera que este grupo de apoyo ya no sirve para nada y, desde luego, cuando nos tiramos la mitad de la sesión hablando de picar o no picar algo antes de venir no puedo mostrarme en desacuerdo con ella. ¿Qué nos pasa? ¿En qué momento nos volvimos tan mezquinas?

—Yo lo único que quiero es que alguien traiga café y galletas, punto —dice Heather tras un suspiro.

La doctora Elliott se está preparando para enfrentarse a la Gran Crisis del Café con Galletas de 2010, pero Dani la interrumpe. Por lo normal, Dani permanece más callada que un vaquero, así que cuando habla la escuchamos.

—Quiero decir una cosa, y luego ya pueden seguir con lo del café y las galletas.

—O no —suelta Julia.

—Esta es la última sesión a la que vengo. Lo dejo.

Hay una pausa larga. Horrible.

Dani es una de las Final Girls originales, junto con Adrienne y Marilyn. Perderla a ella cambiaría el grupo, y hace una eternidad que el grupo no cambia. Vivimos juntas la destitución de Clinton y el 11-S. Nos apoyamos unas a otras cuando lo de Columbine y lo del Virginia Tech. Cuando aprobaron el matrimonio homosexual en Massachusetts hicimos un fondo común y le compramos una pequeña y preciosa Beretta Nano —incluso pedimos que la grabaran con su nombre y el de Michelle—. Cuando hicieron una nueva versión de la franquicia de Marilyn y ella decidió ocultarse seguía volando una vez al mes a Los Ángeles para asistir a las sesiones del grupo de apoyo.

Pero es cierto que, en los dos últimos años, la doctora Elliott ha empezado a ponerle fin a la sesión un par de minutos antes, que Marilyn ha empezado a tener menos paciencia con las demás y que Julia se ha vuelto más avasalladora con lo de la política, y tengo la sensación de que, si no fuera por Heather, alguna de nosotras ya lo habría dejado hace tiempo. No obstante, siempre ha habido un acuerdo tácito para seguir viniendo pasase lo que pasase, porque esto es lo único consistente y fiable que Heather tiene en la vida.

Sorprendentemente, no es Heather la que peor se lo toma.

—Sabía que el hecho de que Adrienne se retrasase quería decir algo —comento antes de taparme la cara con las manos, que es la única manera que tengo de obtener cierta privacidad, dado que no me atrevo a ir sola al baño.

—¡Ay, Dios mío! ¡Se ha puesto a llorar! —suelta Heather.

—¡Es que me ha sorprendido! —Me tapo los ojos con la manga de la camisa—. ¡Son lágrimas de sorpresa!

—Lo siento —me dice Dani con suavidad.

Me encojo de hombros, pero lo que de verdad quiero hacer es ponerme a gritar. Quiero gritarle: «¡Arruinaste todo! ¡Nos has condenado a todas!».

A Marilyn empieza a sonarle el teléfono en lo más hondo del bolso. Antes teníamos una estricta política sobre apagar los celulares, pero esa es otra de las normas que se han ido relajando en los últimos años.

—No pasa nada. No pasa nada —aseguro—. Cambiemos de tema.

El teléfono de Marilyn sigue zumbando y me dan ganas de ponerme a gritar: «¡Responde al teléfono! ¡Responde, porque, si no, las demás no dejaremos de preguntarnos quién te está llamando! ¡Ya que lo dejas encendido, por lo menos, responde!».

—Parece que quieres comentar algo —me dice la doctora Elliott.

—No, no quiero comentar nada. Es que... es que no creo que Dani entienda lo que supondría que dejara el grupo.

—Tengo dos horas y media de coche para venir y dos y media más para volver —me dice Dani.

Suena un xilófono digital. Miro a Julia como si quisiera matarla y no dejo de hacerlo hasta que pone el celular en silencio. ¿Acaso soy la única que sigue respetando la regla de apagar los celulares!?

—¿Qué crees tú que supondría? —me pregunta la doctora Elliott.

¿Es que no lo ven!? Julia, ahí sentada, en la silla de ruedas, con su política de posgrado, su flequillo de moderna y sus camisetitas irónicas, justo al lado de Marilyn, que parece una ama de casa texana grandota, morena y maquillada como si fuera a salir en algún programa de entrevistas de la tele. Y Heather, con los brazos y las piernas como palillos, con los codos y las rodillas salientes, como si estuviera a punto de romperse por debajo de esos andrajos que ha debido de robar de algún contenedor de ropa. Y Dani, que parece Bruce Springsteen pero en mujer. No pegamos ni con cola.

—Es evidente. No creo que haga falta que lo diga. Es decir... para mí está muy claro. Si Dani lo deja, antes o después Adrienne lo abandonará. Marilyn y Julia se odian y alguna de las dos será la siguiente en dejarlo, que será la excusa de Heather para volver a las drogas. ¿Y quién quedará? ¿Yo? Apenas una de nosotras lo deje esto se vendrá abajo. Puede que no en una sesión, ni en dos, puede que ni siquiera en tres, pero antes o después esto no será más que una sala vacía, grande y vacía, llena de sillas plegables y dibujos en las paredes. A ver, está más claro que el agua. No es que se acabe el mundo. No es un problema. Todo tiene un final y todas debemos pasar página. Dieciséis años son mucho tiempo. Es solo que me siento como si alguien tuviera que decirlo. Alguien tendría que explicarle a Dani qué está haciendo exactamente.

El teléfono de Marilyn vuelve a zumbiar. Es un irritante punto final a mi gran discurso.

—Ahora mismo quiero estar con Michelle. He venido para decíroslo en persona. Por respeto.

Pienso en cómo será quedarse en casa el primer jueves del mes que viene. Pienso en cómo mi vida se reducirá a mi manzana, a mi departamento, a mis cuatro paredes. Pienso en que no volveré a ver a ningún ser humano que me conozca de verdad.

—Pues cuando Michelle muera te vas a quedar sola —le digo a pesar de que sé que no está bien que haga un comentario así—. Nos necesitarás. Volverás de rodillas.

—Bueno, se acabó. —Dani se pone de pie—. Todas tenéis mi dirección de correo electrónico.

—Por favor, quédate —le pide la doctora Elliott—. Aún falta media hora. ¿Podrías por lo menos decirnos qué ha motivado tu decisión?

Dani suspira y se pasa la mano por el pelo, entrecano y cortado al uno.

—Al cumplir cincuenta años he empezado a pensar que estoy más cerca del final que del principio. No quiero seguir escondiéndome en mi pasado. Quiero mirar hacia delante.

—¿Y no te parece que el grupo te esté ayudando a hacerlo? —le pregunta la doctora Elliott.

—¡Esto no es solo por el pasado! —salto.

—Espera —me advierte la doctora Elliott.

La ignoro.

—¡Y ¿qué pasa con nosotras, eh?! ¡Esto también tiene que ver con el presente. Somos amigas, ¿no? Somos parte de la vida de las demás. Esto tiene que ver con nosotras. Tiene que ver con... con nuestra amistad.

Dani nos mira a todas las del círculo, una a una, y el teléfono de Marilyn empieza a zumbar de nuevo. Zumba, zumba y zumba como si se estuviera riendo de mí, y me doy cuenta de que Marilyn ni siquiera está pendiente de lo que está pasando, está pensando en el puto celular. Entonces Julia mueve la mano con violencia porque su teléfono también empieza a vibrar.

—Yo lo único que veo es un grupo de mujeres a las que apenas conozco y que están obsesionadas con lo que les sucedió en el instituto —dice Dani.

—¿¡Que apenas conoces!?! —le pregunto. No puedo creer que haya dicho eso—. ¡Hace años que nos conocemos!

—¿Y qué sabemos las unas de las otras? Pero si tú ni siquiera nos has dado tu dirección. ¿Hace cuánto que ninguna de ustedes me pregunta por Michelle? Estoy cansada de fingir que esto es lo que no es.

—¿Y ¿qué pasa con Heather?! —chillo.

Mi voz rebota por las paredes.

—¿Con Heather? —Dani me estudia y se vuelve hacia Heather—. ¿Qué te pasa, Heather?

—No sé de qué habla la chiflada esa.

—Va a tener una recaída. Sabes que esa es la razón de que sigamos viniendo. ¿¡Es que no te das cuenta de hasta qué punto necesita este grupo!?! ¿¡Es que no entiendes que el grupo es lo único en lo que puede confiar!?! Si no te quedas por ti, al menos quédate por ella.

Parece que Dani se sienta avergonzada. Marilyn juguetea con el bolso. Heather se pellizca el interior de la muñeca en la clásica pose de Heather. Ninguna de ellas me mira siquiera. Solo Julia, que está como confundida y que finalmente dice:

—Pensaba que veníamos por ti.

Es una broma, ¿no? Tiene que ser otra de las estúpidas bromas de Julia.

—¿¡Por mí!?! —Suelto una risa, pero suena como un lardido ahogado de foca—. No venimos aquí por mí. ¿Por qué iba a necesitar yo al grupo? Yo no necesito al grupo. Yo estoy bien.

Nadie dice nada. Ni siquiera Heather, como si yo fuera la que debiera sentirse avergonzada. El celular de Marilyn empieza a zumbar de nuevo. Y el de Julia. Parece que alguien tenga algo que decir, así que me vuelvo hacia ellas y les suelto lo que llevo cinco minutos muriéndome por decirles:

—¡Por favor, ¿pueden responder al putito teléfono!?! —

—Creo que estaría bien que hiciéramos un descanso y que volviéramos en un rato —dice la doctora Elliott—. ¿Qué te parece, Lynnette?

—Yo no necesito hacer ningún descanso. Es Dani la que lo necesita. Así es como nos obliga a todas a hacer lo que ella quiere.

—¿¡Que las obligo a...!?

—¿Y cómo le llamas a esto? Vives en mitad de la nada. El vecino que tienes más cerca está a quince kilómetros. Eres tú la que deja el grupo.

—Estoy casada ¿y tú?

Julia intenta meterse, porque a Julia le gusta pensar que es la más razonable de todas.

—Vamos, chicas, están hablando por hablar. La doctora Elliott tiene razón, tomémonos un descanso.

—No te metas donde no te llaman, puta Ruedas —me dirijo a ella—. Pero si solo te admitimos en el grupo porque nos dabas pena.

Julia tiene ganas de responder, pero Heather huele a sangre y se sube al cuadrilátero.

—¿Por qué no te callas tú también, puta autista? —me suelta—. Pero si ni siquiera eres una Final Girl de verdad.

Me doy cuenta de que esto se está saliendo de control. Abro la boca con la intención de restablecer el orden, pero Marilyn me lo impide. Nos lo impide a todas.

—Escúchenme... —dice despacio y en voz baja, y todas nos volvemos para ver cómo mira su celular—, Adrienne ha muerto.

Siento una descarga de corticotropina en el flujo sanguíneo que activa mi glándula adrenal, mis venas se estrechan como una red que se estira, siento fríos los pies y las manos, que se me dilatan las pupilas y que la habitación resplandece. Mis músculos se tensan y se me pone la piel de gallina.

El monstruo se la llevó. El monstruo ha acabado llevándosela. Cualquiera de nosotras podría ser la siguiente.